



Se daba al diablo el triste casero con semejante lista, mientras yo, según os dije, me ocupaba en otras atenciones más precisas.

CAPITULO II.

Solo, pobre y desamparado Periquillo de sus parientes, encuentra con Juan Largo, y por su persuasión abraza la carrera de los Pillos en clase de *cócora* de los juegos.

QUENDOME solo, huérfano y pobre, sin casa, hogar, ni domicilio como los maldecidos judíos, pues no reconocía feligresía ni vecindad alguna, traté de buscar, como dicen, madre que me envolviera; y medio roto, cabizbajo y pensativo, salí para la calle luego que entregué á la casera la lista de mis esquistos muebles.

El primer paso que di, fué ir á tentar de paciencia á mis parientes paternos y maternos, creyendo hallar entre ellos algun consuelo en mis desgracias; pero me engañé de medio á medio. Yo les contaba la muerte de mi madre y mi horfandad y desamparo, rematando el cuento con implorar su proteccion; y unos me decian que no habian sabido la muerte de su hermana: otros se hacian de las nuevas: todos fingian condolerse de mi suerte; pero ninguno me facilitó el mas mínimo socorro.

Despechado salia yo de cada casa de las de ellos, considerando que no habia tenido ningun pariente que tomara interes en mi situacion sino mi difunta madre, á quien comencé á sentir con mas viveza; al mismo tiempo que concebí un odio mortal contra toda la caterva de mis desapiadados tios.

¿Es posible, decia yo, que estos son los parientes en el mundo? ¿Tan poco se les dá de ver perecer á un deudo suyo y tan cercano? ¿Estas son las leyes que se guardan de la naturaleza?

¿Así respeta el hombre los derechos de la sangre? ¿Y así hay locos que se fien en sus parientes?

Cuando vivia mi padre, cuando tuvo alguna proporcion, é iban á casa á que los sirviera, estos mismos me hacian mil fiestas, y aun me daban mis medicillos para fruta, y si habia alguna diversioncita ó era, como dicen, dia de manteles largos, todos todos iban de monton, y muchos sin esperar el convite; pero cuando estas cocas se acabaron, cuando la pobreza se apoderó de mi casa y ya no hubo que raspar, se retiraron de ella, y ni á mí ni á mi madre nos volvieron á ver para nada. No es mucho, pues, que ahora salga yo con tan mal espediente de sus casas. Todavía me debo dar las albricias de que no me han negado, ni me han echado á rodar las escaleras.

Si algun dia tengo hijos, les he de aconsejar que jamás se atengan á sus parientes, sino al peso que sepan adquirir. Este sí es el pariente mas cercano, el mas liberal, el mas pronto y el mas útil en todas ocasiones. Que esotros parientes al fin son de carne y hueso como cualquier animal, ingratos, vanos, interesantes é inservibles. Cuando su deudo tiene para servirlos lo visitan y lo adulan sin cesar; pero si es pobre como yo, no solo no lo socorren, sino que hasta se avergüenzan del parentesco.

Embebecido iba yo en estas consideraciones y temblando de cólera contra mis indignos deudos, cuando al volver una esquina ví venir á lo lejos á mi amigo Juan Largo. Un vuelco me dió el corazon de gusto creyendo que tal encuentro no podia menos que serme feliz.

Luego que nos vimos cerca, me dijo él: ¡ó Periquillo, amigo! ¿qué haces? ¿Cómo estás? ¿Qué es de tu vida? Yo le conté mis cuitas en un instante, concluyendo con hartar de maldiciones á mis tios. ¿Pues y qué te han hecho esos señores, me dijo, que estás con ellos de tan mal talante? ¿Qué me han de hacer, contesté yo, sino despreciarme y no favorecerme nin-

guno, olvidando que tengo sangre suya, y que á mi padre debieron mil favores?

Tienes razon, dijo Juan Largo: los parientes del dia son unos malditos y ruines. A mí me acaba de suceder un poco peor con el perro viejo de mi tio D. Martin. Has de saber, que desde que falto de esta ciudad, que ya es cerca de un año, me he estado con él en la hacienda; pues un vaquero condenado me levantó el falso testimonio habrá quince dias de que yo habia vendido diez novillos, y te puedo jurar, hermano, que solo fueron siete; pero hay gentes que se saldrán de misa por decir una mentira y quitar un crédito.

Ello es que el tio lo creyó de buenas á primeras, y me achacó todo lo que se habia perdido en la hacienda desde que yo estaba allá: me conjuró y me amenazó para que lo confesara; pero yo jamás he sido mas prudente, ni he tenido mas cuenta con mi lengua. Callé y callára por toda la eternidad, si por toda ella me exigieran estas confesiones; por lo cual enfadado el D. Martin, me encerró en un cuarto y con un bejuco de esos de los cabos de regimiento, me dió una tarea de palos que hasta hoy no puedo volver en mí; y no paró en esto, sino que quitándome todos los trapillos regulares que tenia yo, y mis dos caballitos, me echó á la calle, quiero decir, al camino que era la calle mas inmediata á su casa, jurándome por toda la corte del cielo, que si me volvia á ver por todos aquellos contornos, me volaria de un balazo; añadiendo que era yo un pícaro, vagamundo, ladron y mal agradecido, que lo estaba saqueando, despues de comerle medio lado. Y así, noramala, pícaro, me decia, noramala, que tú no eres mi sobrino como has pensado, sino un arrimado miserable y vicioso: por eso eres tan indigno, que yo no tengo sobrinos ladrones.

Hasta este punto llegó el enojo de mi tio, y viéndome abandonado, pobre, apaleado y en la mitad del camino, resolví venirme á esta capital como lo verifiqué. Habrá ocho dias ó

diez que llegué: luego luego fuí á buscarte á tu casa: no te hallé en ella ni quién me diera razon donde vivias. He encontrado á Pelayo, á Sebastian, á Casiodoro, al mayorazgo y á otros amigos, y todos me han dicho que cuánto ha que no te ven. He preguntado por tí á Chepa la Guaja, á la Pisaflores, á Pancha la Larga, á la Escobilla y á otras, y todas me han contestado diciéndome que no saben donde vives. En fin, en este corto tiempo no he perdido momento por saber de tí, y todo ha sido en vano. Dime, pues, ¿por qué les has escusado tu casa?

Yo le respondí, que lo uno porque no me fueran á cobrar algunos picos que debia, y lo otro porque mi casa era un cuartito miserable y tan indecente que me daba vergüenza que me visitaran en él.

Aprobó mi arbitrio Januario, á quien le dije: y tú ahora ¿en qué piensas? ¿De qué te mantienes? *De cócora en los juegos*, me respondió, y si tú no tienes destino, y quieres pasarlo de lo mismo, puedes acompañarme, que espero en Dios * que no nos morirémos de hambre, pues mas ven cuatro ojos que dos. El oficio es fácil, de poco trabajo, divertido y de utilidad. ¿Conque quieres?

Tres mas, dije. Pero dime: ¿qué cosa es ser *cócora* de los juegos, ó á quiénes les llaman así? A los que van á ellos, me dijo Januario, sin blanca, sino solo á *ingeniarse*, y son personas á quienes los jugadores les tienen algun miedo, porque no tienen que perder, y con una ingeniada muchas veces les hacen un agujero.

Cada vez, le dije, me agrada mas tu proyecto; pero dime:

* Desatino craso, aunque no nuevo en algunas bocas. Nunca se debe esperar en Dios para tomar una venganza ni satisfacer ninguna pasion pecaminosa, porque esto fuera ultrajar su bondad y su justicia creyéndolo capaz de coincidir con nuestros vicios. Dios permite el pecado, pero no lo quiere.

¿qué es eso de *ingeniarse*? * Ingeniarse, me contestó Januario, es hacerse de dinero sin arriesgar un ochavo en el juego. Eso debe ser muy difícil, dije yo: porque segun he oido decir todo se puede hacer sin dinero, menos jugar.

No lo creas, Perico. Los *cócoras* tenemos esa ventaja, que nos ingeniamos sin blanca, pues para tener dinero llevando resto al juego, no es menester habilidad sino dicha y adivinar la que viene por delante. La gracia es tenerlo sin puntero.

Pues siendo así, *cócora* me llamo desde este punto; pero dime, Juan, ¿cómo se ingenia uno? Mira, me respondió: se procura tomar un buen lugar (pues vale mas un asiento delantero en una mesa de juego, que en una plaza de toros); y ya sentado uno allí, está *vigiando* al montero ** para cogerle un *zapote* *** ó verle una *puerta* †, y entónces se da un *codazo* ††, que algo le toca al denunciante en estas topadas. O bien procura uno *dibujar* las paradas ‡, *marcar* un naipe ††, *arrastrar* un muerto †*, ó cuando no se pueda nada de esto, *armarse* con una apuesta ‡* al tiempo que la paguen, y entónces se dice: yo soy hombre de bien: á nadie vengo á estafar nada; y voto á este santo, y juro al otro, y los diablos me lleven si esta apues-

* Aunque, como se ha dicho, Perico era un perdido, todavía ignoraba muchas cosas y términos de la escuela de los tunos. Januario fué el que lo acabó de adiestrar.

** Espiando sus manejos.—E.

*** Advertirle alguna trampa.—E.

† Observar cuál es la carta primera.—E.

†† Se avisa á los concurrentes.—E.

‡ Dividir las apuestas de modo que no les toque por completo la rebaja de lo que el montero quita por estar la carta que gana á la puerta.—E.

‡‡ Doblar la punta, ó hacer alguna otra señal á una carta para ver donde queda despues que se baraje.—E.

†* Cobrar la parada ó apuesta del que se descuida.—E.

* Cobrarla y porfiar que es cosa suya.—E.

ta no es mia; y se acalora la cosa mas, añadiendo: ¿es verdad D. Fulano? Dígallo vd. D. Citano: de suerte que al fin, se queda en duda de quién es el dinero, y el que tiene la apuesta gana. Esta ingeniada es la mas arriesgada; porque puede uno topar con un atravesado que se la saque á palos; pero esto no es lo corriente, y así en las apuradas es menester arriesgarse. Ello es que yo nunca me quedo sin comer ni sin cenar, pues como no hayan pegado las otras diligencias, y el juego esté para acabarse, me llevara yo seis ú ocho reales en la bolsa cogiéndome una parada, mas que fuera de mi madre. Pero has de advertir desde ahora para entónces, que nunca te atrevas á arrastrar muertos; ni te armes con paradas que pasen ni aun lleguen á un peso; sino siempre con muertos chiquillos, y paradas de tres á cuatro reales, que pagados siempre son dobles, y como el interes es corto se pasan, no se advierte en cual de los dós que disputan está el dolo, y uno sale ganancioso; lo que no tiene con las paradas grandes, porque como que interesan, no se descuidan con ellas, sino que están sus amos pelando tantos ojos sobre su dinero, y ahí va uno muy espuesto.

Yo te agradezco, amigo Januario, tus deseos de que yo tenga algun modito con que comer, que cierto que lo necesito bien; asimismo te agradezco, le dije, tus consejos y tus advertencias; pero tengo algun temorcillo de que no me vaya á tocar una paliza ó cosa peor en una de estas; porque, la verdad, soy muy tonto y no veterano como tú, y pienso que al primer tapon he de salir, tal vez, con las zurrapas que me cuesten caro, y cuando piense que voy á traer lana, salga trasquilado hasta el cogote.

Se medio enfadó Januario con este miedo mio, y me dijo: anda bestia, eres un para nada. ¡Qué paliza ni qué broma! ¿pues qué luego luego te han de coger la mácula? Yo no me espantaré de que al principio te temblará la mano para coger te medio real; pero todo es hacerse, y despues te soplarás has

ta los quince y veinte pesos, quedándote muy fresco *, y yo te diré como. Ya sabes que los principios son dificultosos: vendidos estos, todo se hace llevadero. Entra con valor á la carrera de los cócoras, que en verdad que es demasiado socorrida, sin temer palizas, ni trompadas de ninguno, pues ya has oido decir que á los atrevidos favorece la fortuna, y á los cobardes los repele: tú ya estás no solo abandonado de ella, sino bien repelado, ¿quieres verte peor? Fuera de que, supon que á tí ó á mí nos arman una campaña al cabo de tres ó cuatro meses que háyamos comido, bebido y gastado á costa de los tahures; ¿luego nos han de dar? ¡No pueden recibir tambien de nuestras manos? Y por último, pon que salimos rotos de cabeza, ó con una costilla desencajada, con algun riesgo se alquila la casa: no todo ha de ser vida y dulzura, y en ese caso quedan los recursos de los médicos y de los hospitales. Con que, Perico, manos á la obra: sal de miserias y de hambre, que el que no se arriesga no pasa la mar.

A mas de que en la clase de ingeniadas hay otros arbitrios mas provechosos y quizá con menos peligros. Dímelos por tu vida, le dije, que ya reviento por saberlos.

Uno de ellos, me dijo Januario, es comedirse á tallar ó ayudar á barajar á otros, y este arbitrio suele proporcionar una buena gratificacion ó *gurupiada* †, si el amo es liberal y gana; y aunque no sea franco ni gane, el gurupie no puede perder nunca su trabajo, como no sea tonto, pues en sabiendo *irse á*

* Estos eran los amigos de Perico, y sus consejos. Cierto que el demonio no podia aconsejarle peor. Por esto dijo muy bien el padre Gerónimo Dutari, que los malos amigos son los diablos que no espantan.

Ese modo con aquí lo induce al robo y la falleria es el que se usa practicamente, y en la realidad es así: al principio se comienza con miedo, pero despues se hace el vicio familiar. Por eso es lo mejor no comenzar.

† Véase la nota del primer tomo sobre esta palabra.—E.

profundis seguido, sale la cuenta y muy bien, pero es menester hacerlo con salero, pues si no, va uno muy espuesto.

¿Cómo es eso, le pregunté, de *irse á profundis*, que no entiendo muy bien los términos facultativos de la profesion? Irse á *profundis*, dijo mi maestro, es esconderse el dinero del monte que se pueda, poco á poco, mientras baraja el compañero, fingiendo que se rasca, que se saca el polvero, que se saca un cigarro, que se compone el pañuelo y haciendo todas las diligencias que se juzguen oportunas para el caso; pero esto ya dije, es menester hacerlo con mucho disimulo, y haciéndolo así, la menor gurupiada te valdrá ocho ó diez pesos.

Tambien es otro arbitrio que tengas en el juego un amigo de confianza, como yo, y sentándose éste junto á ti, á cada vez que se descuide el dueño del dinero, le das cuatro pesetas fingiendo que le cambias un peso. Este dinero lo juega el compañero con valor: si se le arranca, lo vuelves á habilitar con nuevas pesetas: cuando le pagues, le das siempre dinero de mas para engordar la polla, sin miedo ninguno, pues como el dueño del monte te tenga por hombre de bien, harás de él cera y pabilo. Si está ganando, el dinero lo deslumbrará, y si está perdiendo, la misma pérdida lo cegará: de manera que jamás reflexionará en tu diligencia, que mil veces es excelente, pues yo he visto otras tantas desmontar entre el gurupíe y el *palero* (que así se llaman estos compañeros) con el mismo dinero del monte. En este caso no salen los dos juntos, sino separados, para no despertar la malicia y en cierto lugar se unen, se parten la ganancia, y aleluya.

El tercero, mas liberal y pronto arbitrio, es entregar todo el monte en un albur, si el compañero tiene plata para pagarlo; y si no la tiene, en distintos albures, que al fin resulta el mismo efecto que es desmontar. Pero para esto es preciso que así el gurupíe como el palero, sean muy diestros; y todo consiste en la friolera de amarrar los albures, poner la baraja al

mismo en disposicion de que conociendo por donde está el mollete, alce por él, y salgan los albures puestos, teniendo entre los dos compactado con anticipacion si se ha de apostar á la judía, ó á la contrajudía, á la de fuera ó á la de adentro, ó á la una y una; para no equivocarse y perder el dinero tontamente, que eso se llama *hacer burro con bola en mano*.

Para entrar en esta carrera y poder hacer progresos en ella es indispensable que sepas *amarrar, zapotear, dar boca de la bo, dar rastrillazo, hacer la hueca, dar la empalmada, colearte espejearte* y otras cositas tan finas y curiosas como estas, que aunque por ahora no las entiendas, poco importa *, yo te las enseñaré dentro de quince ó veinte días, que como tú te apliques y no seas tonto, con ese tiempo basta para que salgas maestro con mis lecciones.

Mas es de advertir que para salir con aire en las mas ocasiones es necesario que trabajes con tus armas; y así es indispensable que sepas hacer las barajas. Esa es otra, dije yo muy admirado; pues ¿no ves que eso es un imposible respecto á que me falta lo mejor que es el dinero? ¿Pero para que quieres dinero para eso? Me preguntó Januario. ¿Cómo para qué? Le dije: para moldes, papel, pinturas, engrudo, prensas, oficiales y todo lo que es menester para hacer barajas; y fuera de esto, aunque lo tuviera no me arriesgaria á hacerlas, ¿no ves que donde nos cogieran, nos despacharian á un presidio por contrabandistas?

Rióse á carcajada suelta Juan Largo de mi simplicidad, y me dijo: se echa de ver que eres un pobre muchacho inocente, y que todavía tienes la leche en los labios. Camote, para hacer las barajas como yo te digo no son menester tantas cosas

* Bien pudo Periquillo haber explicado aquí el mecanismo de estas fullerias: pero sin duda las calló con estudio deseando prevenir á los lectores incautos en los peligros del juego sin enseñarlos á maliciosos. Es bueno saber que hay drogas, pero no saber hacerlas

ni dinero como tú has pensado. Mira, en la bolsa tengo todos los instrumentos del arte; y diciendo esto me manifestó unos cuadrilonguitos de hoja de lata, unas tijeritas finas, una poquita de cola de boca y un panecito de tinta de China.

Quedéme yo asorado al ver tan poca herramienta, y no acababa de creer que con solo aquello se hiciera una baraja; pero mi maestro me sacó de la suspension diciéndome: tonto, no te admires: el hacer las barajas en el modo que te digo no consiste en pegar el papel, abrir los moldes, imprimirlas y demás que hacen los naiperos: ese es oficio aparte. Hacerlas al modo de los jugadores, quiere decir, hacerlas floreadas, esto se hace sin mas que estos pocos instrumentitos que has visto, y con solo ellos se recortan ya anchas, ya angostas, ya con esquinas que se llaman *orejas*; ó bien se pintan ó se raspan (que dicen baciarse) ó se trabajan de *pegues*, ó se hacen cuantas habilidades uno sabe ó quiere; todo con el honesto fin de dejar sin camisa al que se descuide.

La verdad hermano, dije yo, todos tus arbitrios están muy buenos; pero son unos robos y declarados latronicios, y creo que no habrá confesor que los absuelva. ¡Vaya, vaya, dijo Januario meneando la cabeza, pues estás fresco! ¡Conque ahora que andas ahí todo descarriado, sin casa, sin ropa, sin que comer, y sin almena de que colgarte, vas dando en escrupuloso? ¡Majadero! ¡pues si eres tan virtuoso para qué te saliste del convento? ¡No fuera mejor que te estuvieras allí comiendo de coca y con seguridad, y no andar ahora de aquí para allí y muriéndote de hambre.

Vamos, que ciertamente he sentido la saliva que he gastado contigo, y las luces que te he dado por tu bien, y por no verte perecer. Bestia, si todos pensaran en eso, si reflexionaran en que el dinero que así ganan es robado, que debe restituirse, y que si no lo hicieren así, se los llevará el diablo; ¡crees tú que hubiera tanto haragán que se mantuviera del juego como

se mantienen? ¡Te parece que estos juegan suerte y verdad, y así se mantienen? No, Perico: estos juegan con la larga *, y siempre con su pedazo de diligencia, si no ¡como se habian de sostener? Ganarian un dia del mes y perderian veinte y nueve, pues ya has oido decir que el juego mas quita que dá, y esto es muy cierto en queriendo ser muy escrupuloso; porque el que limpio juega, limpio se va á su casa; pero por esta razon estos señoritos mis camaradas y compañeros, ántes de entrar en el giro de la fullería, lo primero que hacen es esconder la conciencia debajo de la almohada, echarse con las petacas, y volverse corrientes. Bien que no he conocido uno que no tenga su devocion. Unos rezan á las Animas, otros á la Santísima Virgen, este á San Cristobal, aquel á Sta. Gertrudis, y finalmente esperamos en el Señor que nos ha de dar buena muerte †. Conque no seas tonto, Periquillo, elige tu devocion particular, y anda hombre, anda, no tengas miedo; peor será que pegues la boca á una pared ‡; porque donde tú no lo busques, estas seguro que haya quien te dé ni un lazo para que te ahorques. Ya has visto lo que te acaba de pasar con tus tios. Conque si entre los tuyos no hallas un pedazo de pan, ¡qué esperanzas te quedan en adelante? Ahora estoy yo en México que soy tu amigo y te puedo enseñar y adiestrar; si dejas pasar esta ocasion, mañana me voy, y te quedas á pedir limosna; porque no á todos los hábiles les gusta ense-

* Alusion al juego del villar, ó al del truco, pues que el primero no estaba en aquella época muy generalizado.—E.

† Esperanza pésima. No se debe esperar en Dios para ofenderlo: ni valen para esto las devociones de los Santos, ántes es una injuria el invocarlos creyendo que intercederán con Dios por los que lo ofenden en esa confianza.

‡ No es peor estar pobre que ser ladron; pero en la práctica se ve que muchos por no ser pobres son ladrones, y cuanto malo hay.

ñar sus habilidades, temerosos de no criar cuervos que á ellos mismos tal vez mañana ú otro dia les saquen los ojos. En fin, Perico, harto te he dicho. Tú sabrás lo que harás, que yo lo hago no mas de pura caridad*.

Como por una parte yo me veia estrechado de la necesidad, y sin ser útil para nada, y por otra, los proyectos de Januario eran demasiado lisongeros, pues me facilitaba nada menos que el tener dinero sin trabajar, que era á lo que yo siempre habia aspirado, no me fué difícil resolverme; y así le dí las gracias á mi maestro, reconociéndolo desde aquel instante por mi protector, y prometiéndole no salir un punto de la observancia de sus preceptos, arrepentido de mis escrúpulos y advertencias, como si debiera el hombre arrepentirse jamás de no seguir el partido de la iniquidad; pero lo cierto es que así lo hacemos muchas veces.

Durante esta conversacion advirtió Januario que yo tenia los labios blancos, y me dijo: tú segun me parece, no has almorzado. Ni tampoco me he desayunado, le respondí; y cierto que ya serán las dos y media de la tarde. Ni la una ha dado, dijo Januario; pero el reloj de los estómagos hambrientos siempre anda adelantado; así como se atrasa el de los satisfechos. Por ahora no te aflijas: vámonos á comer.

¡Santa palabra! dije yo entre mí, y nos marchamos.

Aquel era el primer dia que yo experimentaba todo el terrible poder de la hambre, y quizá por eso luego que puse el pié en el umbral de la fonda, y me dió en las narices el olor de los guisados, se me alegró el corazon de manera que pensé que entraba por lo menos en el Paraiso terrenal.

Sentámonos á la mesa, y Januario pidió con mucho garbo dos comidas de á cuatro reales y un cuartillo de vino. Yo me admiré de la generosidad de mi amigo, y temeroso no

* Buena caridad! Así son muchas caridades que se ven en el mundo.

fuera á salir con alguna de las suyas despues de haber comido, le pregunté ¿si tenia con que pagar, porque lo que habia pedido valia siquiera un par de pesos? El se sonrió y me dijo que sí, y para que comiese yo sin cuidado, me mostró como seis pesos en dinero doble y sencillo.

En esto fueron trayendo un par de tortas de pan con sus cubiertos: dos escudillas de caldo: dos sopas, una de fideos y otra de arroz, el puchero, dos guisados, el vino, el dulce y el agua; comida ciertamente frugal para un rico; pero á mí me pareció de un rey, ó por lo menos de un embajador, pues si á buena hambre no hay mal pan, aunque sea malo, cuando el pan es de por sí bueno, debe parecer inmejorable por la misma regla. Ello es que yo no comia, sino que engullia, y tan apriisa, que Januario me dijo: espacio, hombre, espacio que no nos han de arrebatar los platos de delante.

Entre la comida menudeamos los dos el vino, lo que nos puso bastante alegres; pero se concluyó, y para reposarla sacamos tabaco y seguimos platicando de nuestro asunto.

Yo con mas curiosidad que amistad le pregunté á mi Mentor ¿qué donde vivia? A lo que él me respondió que no tenia casa ni la habia menester, porque todo el mundo era su casa.

¿Pues dónde duermes? Le dije. Donde me coge la noche, me respondió: de manera que tú y yo estamos iguales en esto, y en ajuar y ropa; porque yo no tengo mas que lo encapillado.

Entonces asombrado le dije: ¿pues cómo has gastado con tanta liberalidad? Eso, respondió, no lo extrañes; así lo hacemos todos los *cócoras* y jugadores cuando estamos de vuelta: quiero decir, cuando estamos gananciosos, como yo, que anoche con una parada con que me armé, y la fleché con valor, hice doce pesos; porque yo soy trepador cuando me toca, esto es, apuesto sin miedo, como que nada pierdo aunque se me arranque, y tengo la puerta abierta para otra ingeniada.

Quizá por eso, dije yo, he oído decir á los monteros que mas miedo tienen á un real dado ó arrastrado en mano de los *cócoras* como tú, que á cien pesos de un jugador. Por eso es, dijo Juan Largo; porque nosotros como siempre *vamos en la verde*, esto es, no arriesgamos nada, poco cuidado se nos da que despues de acertar ocho albures con cuatro reales á la dobla, en el noveno nos ganen ciento veinte pesos; porque si lo ganamos, hacemos doscientos cincuenta y seis, y si lo perdemos, nada perdemos nuestro, y en este caso ya sabemos el camino para hacer nuevas diligencias.

No así los que van al juego á *flechar* * el dinero que les ha costado su sudor y su trabajo; pues como saben lo que cuesta adquirirlo, le tienen amor, lo juegan con *conducta*, y estos siempre son cobardes para apostar cien pesos, aun cuando ganan: y por eso les llaman *pijotos*.

Esta misma es la causa de que nosotros, cuando estamos de vuelta, somos liberales, y gastamos y triunfamos francamente, porque nada nos cuesta, ni aquel dinero que tiramos es el último que esperamos tener por ese camino.

Tú desengáñate: no hay gente mas liberal que los mineros, los dependientes que manejan abiertamente el dinero de sus amos, los hijos de familia, los tahures como nosotros, y todos † los que tienen dinero sin trabajar ó manejan el ageno, cuando es dificultoso hacerles un cargo exacto.

Pero hombre, le dije: yo no dudo de cuanto dices; pero ¿has comprado siquiera una sábana ó frazada para dormir? Ni por un pienso me meteré yo en eso por ahora, me respondió Januario: no seas tonto, si no tengo casa, ¿para qué quiero sábana? ¿Dónde la he de poner? ¿La he de traer á cuestras? Tú te espantas de poco. Mira: los jugadores como yo, hacemos el

* Arriesgar.—E.

† No todos, sino todos los que proceden mal.

papel de cómicos; unas veces andamos muy decentes, y otras muy trapientos: unas veces somos casados, y otras viudos: unas veces comemos como marqueses y otras como mendigos, ó quizá no comemos: unas veces andamos en la calle, y otras estamos presos: en una palabra, unas veces la pasamos bien y otras mal; pero ya estamos hechos á esta vida: tanto se nos da por lo que va como por lo que viene. En esta profesion lo que importa es hacer á un lado el alma y la vergüenza, y creeme que haciéndolo así se pasa una vida de ángeles.

Algo me mosqué yo con una confesion tan ingenua de la vida arrastrada que iba á abrazar, y mas considerando que debía ser verdadera en todas sus partes, comp que Januario hablaba inspirado del vino, que rara vez es oráculo mentiroso, ántes casi siempre, entre mil cualidades malas, tiene la buena de no ser lisongero ni falso; pero aunque segun el inspirante, debía variar de concepto, como varié, no me dí por entendido, ya por no disgustar á mi bienhechor, y ya por experimentar por mí mismo si me tenia cuenta aquel género de vida; y así solo me contenté con volverle á preguntar ¿que donde dormia? A lo que él, sin turbarse, me dijo redondamente.—

Mira: yo unas veces me quedo de postema en los bailes, y paso el resto de las noches en los canapés: otras me voy á una fonda, y allí me hago piedra, y otras que son las mas, la paso en los *arrastraderitos*. Así me he manejado en los pocos dias que llevo en México, y así esperó manejarme hasta que no me junte con quinientos ó mil pesos del juego, que entónces será preciso pensar de otra manera.

¿Y cuáles son los *arrastraderitos*, le pregunté, y con qué te tapas en ellos? A lo que él me contestó: los *arrastraderitos* son esos truquitos indecentes é inservibles * que habrás visto en algunas acesorias. Estos no son para jugar, porque de

* De muchos años á esta parte los han substituido unos villarcitos de la misma clase.—E.

puro malos no se puede jugar en ellos ni un real; pero son unos pretextos ó alcahuetas para que se jueguen en ellos sus albu- res, y se pongan unos montecitos miserables.

En estos *socuchos* juegan los pillos, *cuchareros* y demás gente de la última broza. Aquí se juega, casi siempre con droga; y luego que se mete allí algún inocentón, le mondan la *picha** y hasta los calzones si los tiene. A estos jugadores bisonños y que no saben la malicia de la carrera, les llaman *pichones*, y como á tales, los descañonan en dos por tres. En fin, en estos dichos arrastraderos, como que todos los concurrentes son gente perdida, sin gota de educacion ni crianza, y aun si tienen religion, sábelo Dios: se roba, se bebe, se juega, se jura, se maldice, se reniega &c. sin el mas mínimo respeto; porque no tienen ninguno que los contenga, como en los juegos mas decentes

En uno de estos me quedo las mas noches, á costa de un realito que le doy al coime, y si tengo dos; me presta la carpeta ó un capotito ó frazada llena de piojos de las que hay empeñadas, y así la paso. Con que ya te respondí, y mira si tienes otra cosa que saber, porque preguntas mas que un cacicismo.

Si ántes estaba yo cuidadoso con la pintura que me hizo de la videta cocorina, despues que le dió los claros y las sombras que le faltaban con lo de los arrastraderos, me quedé frio; pero con todo, no le manifesté mal modo, y me hice el ánimo de acompañarlo hasta ver en qué paraba la comedia de que iba yo tan pronto á ser actor.

Salimos de la fonda, y nos anduvimos azotando las calles † toda la tarde. A la noche á buena hora nos fuimos al juego. *Januario* comenzó á jugar sus medicillos que le habian so-

* Frazada ó sábana vieja y raída para cubrirse.—E.

† Paseando por ellas sin objeto y por solo andar ó pasar el tiempo.—E.

brado, y se le arrancaron en un abrir y cerrar de ojos; pero á él no se le dió nada. Cada rato lo veia yo con dinero, y ya suyo, ya ageno, él no dejaba de manejar monedas; ello, á cada instante tambien tenia disputas, reconvenciones y reclamos, mas él sabia sacudirse y quedarse con bola en mano.

Se acabó el juego como á las once de la noche, y nos fuimos para la calle. Yo iba pensando que leíamos el Concilio *Niceno* por entónces; pero salí de mi equivocacion cuando *Juan Largo* tocó una accesoria, y despues que hizo no sé qué contraseña, nos abrieron: entramos y cenamos no con la decencia que habiamos comido, pero lo bastante á no quedarnos con hambre.

Acabada la cena, pagó *Januario* y nos salimos á la calle. Entónces le dije: hombre estoy admirado, porque ví, que se te arrancó* luego que entramos al juego y aunque estuviste manejando dinero, jurara yo que habias salido sin blanca; y ahora veo que has pagado la cena, no hay remedio, tú eres brujo.

No hay mas brujeria que lo que te tengo dicho. Yo lo primero que hago es reundir y esconder seis ú ocho realillos para la amanezca †, de la primera ingeniada que tengo. Asegurado esto, las demás ingeniadas se juegan con valor á si trepan. Si trepa alguna, bien; y si no, ya se pasó el dia, que es lo que importa.

En estas pláticas llegamos á otra accesoria mas indecente que aquella donde cenamos. Tocó mi *Mentor*, hizo su contraseña, le abrieron, y á la luz de un cabito que estaba espirando en un rincon de la pared ví que aquel era el *arrastraderito* de que ya tenia noticia.

Habló *Januario* en voz baja con el dueño de aquel infernal

* Arrancarsele, quiere decir entre jugadores, quedarse sin blanca.—E.

† Para tener con que amanecer.—E.

garito, que era un mulato envuelto en una manga azul, y ya se habia encuerado para acostarse, y este nos sacó dos frazadas muy sucias y rotas y nos las dió diciendo: solo por ser vd. mi amigo, me he levantado á abrir, que estoy con un dolor de cabeza que el mundo se me anda: y seria cierto, segun la borrachera que tenia.

No eramos nosotros los únicos que hospedaba aquella noche el tuno empelotado. Otros cuatro ó cinco pelagatos, todos encuerados, y á mi parecer medio borrachos, estaban tirados como cochinos por la banca, mesa y suelo del truquito.

Como el cuarto era pequeño, y los compañeros gente que cena sucio y frio, y bebe pulque y chinguirito *, estaban haciendo una salva de los demonios, cuyos pestilentes écos sin tener por donde salir remataban en mis pobres narices, y en un instante estaba yo con una jaqueca que no la aguantaba, de modo que no pudiendo mi estómago sufrir tales incensarios, arrojé todo cuanto habia cenado pocas horas ántes.

Januario advirtió mi enfermedad, y percibiendo la causa me dijo: pues amigo estás mal; eres muy delicado para pobre. No está en mi mano, le respondí, y él me dijo: ya lo veo; pero no te haga fuerza, todo es hacerse y esto es á los principios, como te dije esta mañana; pero vámonos á acostar á ver si te alivias.

A la ruidera de la evacuacion de mi estómago despertó uno de aquellos léperos, y así como nos vió comenzó á echar zapos y culebras por aquella boca de demonio. Qué rotos tales de m. . . .decia; por qué no irán á vomitarse sobre la tal que los parió, ya que vienen borrachos, y no venir á quitarle á uno el sueño á estas horas.

Januario me hizo seña que me callára la boca, y nos acostamos los dos sobre la mesita del villar, cuyas duras tablas, la

* Aguardiente da caña.—E.

jaqueca que yo tenia, el miedo que me infundieron aquellos encuerados, á quienes piadosamente juzgué ladrónes, los innumerables piojos de la frazada, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormian, los estornudos traseros que disparaban, y el pestífero zahumerio que resultaba de ellos, me hicieron pasar una noche de los perros.

CAPITULO III.

Prosigue Periquillo contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador. Hace una seria crítica del juego, y le sucede una aventura peligrosa que por poco no la cuenta.

CONTANDO las horas y los cantos del gallo estuve toda la noche sin poder dormir un rato, y deseando la venida de la aurora para salir de aquella mazmorra, hasta que quiso Dios que amaneció, y fueron levantándose aquellos bribones encuerados.

Sus primeras palabras fueron desvergüenzas, y sus primeras solicitudes se dirigieron á *hacer la mañana*. Luego que los oi, los tuve por locos, y le dije á Januario: estos hombres no pueden menos que estar sin gota de juicio, porque todos ellos quieren hacer la mañana. ¡Qué locura tan graciosa! ¡Pues qué piensan que no está hecha? ¡O se creen ellos capaces de una cosa que es privativa de Dios!

Se rió Januario de gana, y me dijo: se conoce que hasta hoy fuiste tunante á medias, pillo decente y zángano vergonzante. En efecto, ignoras todavia muchos de los términos mas comunes y trillados de la dialéctica leperuna; pero por fortuna me tienes á tu lado que no perderé ningunas ocasiones que juzgue propias para instruirte en cuanto pueda conducir á sa-